



La política exterior de Cuba en la era Trump

Carlos Alzugaray

Cualquiera que sea el espacio temporal que ocupará la era Trump, no cabe ninguna duda de que ha introducido cambios importantes en la política exterior norteamericana que, por su naturaleza misma, impactarán en todo el entorno internacional. El estilo temperamental y aparentemente improvisado del Presidente no puede ocultar que estamos ante un accionar que responde más a lo que Walter Russell Mead ha llamado la tradición “jacksoniana” de la proyección global de Estados Unidos (Meade, 2001). Nada ilustra mejor esta proyección que el conocido lema de su campaña electoral: “*Let’s make America great again.*” Como se ha señalado en un texto de obligada consulta para entender mejor este tema: “La esencia de la visión de Trump sobre el mundo es la revitalización de la grandeza nacional estadounidense. Quiere que Estados Unidos vuelva a ser trascendental. ‘Norteamericanismo’, dice, ‘no globalismo será nuestro credo’” (Laderman & Simms, 2017:170-172). Ello significa que bajo Trump, Washington actuará hacia el mundo con un unilateralismo rampante que ya ha tomado la forma del uso desembozado de la fuerza militar, como lo hizo en Siria;

de la amenaza del uso de la misma, como lo ha hecho en Corea del Norte; y del abandono del llamado orden mundial liberal que tuvo en Barack Obama su máximo exponente. En ese camino Trump ha abandonado la política de promover la firma de tratados de libre comercio.

No sería éste el lugar adecuado para discutir todo lo que ella implica para el sistema internacional. Pero lo que sí no cabe ninguna duda es que la actitud agresiva de Trump ante el hecho evidente del “sobredimensionamiento imperial” presenta riesgos pero también oportunidades, aunque menos, para cualquier país.¹ Esto es particularmente importante para Cuba, tanto por su tradicional y complicada relación con el vecino del norte, como por el momento en que las mismas se encuentran después de los acuerdos alcanzados entre La Habana y Washington desde los históricos pronunciamientos del 17 de diciembre del 2014 de los Presidentes Raúl Castro y Barack Obama, y en momentos en que el país evoluciona bajo el influjo de dos grandes transformaciones: la actualización de su modelo socio económico y la transición generacional de poder desde el liderazgo histórico de la Revolución Cubana. Como siempre, la acción exterior del Gobierno cubano se conducirá con un ojo puesto en lo que cada caso puede implicar para la relación con la Administración Trump.

Un elemento central de la proyección exterior cubana ha sido tradicionalmente evitar el aislamiento que puede resultar de una política norteamericana activamente hostil. En este caso, el enfrentamiento del Presidente Trump con aliados y otros estados en el sistema, puede beneficiar a Cuba. Ya ello pudo verse con el escaso apoyo, incluso entre gobiernos latinoamericanos y caribeños de tendencia pro norteamericana, que tuvo el anuncio retórico del Presidente Trump sobre la llamada “cancelación” de la política de Obama hacia Cuba el 16 de junio del 2017. Sin embargo, no puede subestimarse el daño que puede causar su actitud francamente unipolar, particularmente cuando se refiera a casos de gran interés para Cuba como presente crisis en Venezuela.²

El advenimiento de la administración Trump al poder ha ocurrido cuando ya se estaba produciendo una “actualización” de la política exterior cubana, aunque con menor intensidad y visibilidad que las transformaciones económicas y sociales a las cuales tantos autores han hecho referencia. Estos cambios ya se notaron a partir del momento en que Raúl Castro asumió la jefatura del Estado y del Gobierno en

2006. El estilo del nuevo gobernante contrasta con el de su predecesor. El Presidente actual viaja al exterior solo en ocasiones excepcionales, prefiriendo delegar en algún vicepresidente o en el canciller estas funciones que son tan importantes para la ejecución de la proyección internacional del Gobierno. Es sintomático que haya asistido preferentemente a cumbres regionales y que sus visitas al exterior se hayan concentrado en América Latina y el Caribe, China y Rusia, y algunos países clave del continente africano y Asia (Angola, Argelia, Suráfrica y Vietnam). En los últimos meses, esta función ha recaído más que antes en la figura de Miguel Díaz Canel, Primer Vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros y previsible sucesor en los cargos estatales y de gobierno.

Este proceso está teniendo lugar en un contexto doméstico e internacional que no es nada favorable para la Habana en lo económico, a saber:

- a) la dificultad de llegar a acuerdos sobre temas clave de la reforma que el propio Presidente Raúl Castro ha revelado al afirmar el pasado 1 de junio en una sesión extraordinaria de la Asamblea Nacional que se avanzará “a la velocidad que nos permitan el consenso que forjemos al interior de nuestra sociedad” (Castro Raúl, 2017).
- b) las sanciones norteamericanas, que no fueron modificadas por el Presidente Obama en lo esencial a las que se suma la crisis en Venezuela, principal socio económico de Cuba.

No obstante, en términos políticos y a grandes rasgos el orden mundial ha evolucionado en una dirección que coincide con la esencia anti-hegemónica y contra-dependiente de la tradicional proyección exterior del Estado cubano. Estados Unidos sigue perdiendo influencia en el sistema. Su política de “cambio de régimen” hacia Cuba por medios punitivos se ha debilitado después de la decisión del Presidente Obama de aceptar el restablecimiento de relaciones diplomáticas.

Para continuar con la actualización de su política internacional, aún después del advenimiento de Donald Trump al poder, La Habana cuenta con varios activos no deleznable. Gracias a su decidido apoyo a las luchas anticoloniales y antirracistas en el Tercer Mundo en el

pasado y su actual proyección como principal proveedor de cooperación Sur-Sur en cuestiones vitales como la salud pública, el Gobierno cubano cuenta con un capital político sustancial para buscar nuevas colaboraciones. Ello ha convertido a Cuba en un importante proveedor de normas para el sistema internacional.

A ello habría que añadir la reconocida capacidad del Gobierno cubano como interlocutor y mediador en materias conflictivas, lo que es más evidente en América Latina y el Caribe. Todavía tiene vigencia el papel mediador de la Habana en las negociaciones de paz en Colombia y la celebración de la Segunda Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños en enero de 2014 en la capital cubana. En ese cónclave se adoptó una declaración estableciendo la región como Zona de Paz.

Si bien es cierto que las derechas continentales han obtenido éxitos significativos en su estrategia de restablecimiento de la hegemonía en dos países clave, Argentina y Brasil, y que han puesto en jaque al Gobierno del Presidente Maduro en Venezuela, afectado por la baja de los precios del petróleo y sus propios errores, lo cierto es que las relaciones con estos países se mantienen sin que haya retrocesos significativos. El apoyo decidido, aunque de bajo relieve, al Gobierno de la Revolución Bolivariana no parece haber repercutido negativamente en la posición de Cuba con respecto a los países que, dentro de la OEA, han llevado la voz cantante en las sanciones a Caracas. Tales son los casos de Argentina, México y Colombia, y de Brasil en menor medida.

Otro hecho reciente, que demuestra los beneficios que el actual entorno multipolar tiene para Cuba, han sido el mantenimiento de excelentes relaciones con China y Rusia, la firma de un acuerdo de cooperación con la Unión Europea y las visitas a Cuba de jefes de estado y de gobierno de algunos de los principales países aliados de Estados Unidos: Canadá, Francia, Italia, y Japón, por ejemplo.

No obstante, el desafío más importante que tiene la política exterior cubana es cómo traducir estos créditos políticos en beneficios económicos tangibles en función de “la actualización del modelo”. En este sentido, desde el punto de vista internacional, el objetivo más significativo es diversificar las relaciones en materia de comercio, inversiones, cooperación y turismo, a fin de evitar o disminuir la dependencia en

uno solo o en un pequeño número de socios externos, una debilidad estructural tradicional de la economía cubana.

Veamos, en mayor detalle, cómo se desenvuelven estas tendencias generales en algunas regiones o grupos de países clave. Concluiremos con una perspectiva de la relación con Estados Unidos después de los anuncios del Presidente Trump en Miami el 16 de junio del 2017.

América Latina y el Caribe

Desde principios de nuevo siglo, las relaciones con América Latina y el Caribe se han convertido en un asunto de alta prioridad para el Gobierno cubano. Ello tuvo que ver con dos tendencias que marcaron la historia reciente de la región. En primer lugar, lo que algunos especialistas han dado en llamar la “ola rosada”. Surgieron en la región gobiernos que se proclamaron abiertos seguidores de la Revolución Cubana, como Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua o simpatizantes de la misma como Brasil y Argentina. Una segunda tendencia fue la creciente autonomía de los gobiernos de la región con respecto a la potencia dominante tradicional, EE UU. Esto se reflejó en un auge de los proyectos de regionalización e integración que se presentaron como alternativa al tradicional orden panamericano que Washington logró promover y consolidar a través de la Organización de Estados Americanos (OEA) durante la Guerra Fría.

Una de las manifestaciones más claras de esta corriente ha sido la progresiva normalización de las relaciones con Cuba, y en la decisión de que el presidente cubano fuera invitado a la Cumbre de las Américas, que se celebró en Panamá en abril de 2015 con la participación de EE UU y Canadá.

Aunque ciertamente el retroceso de las izquierdas afecta la posición de Cuba en la región, no parece haberlo hecho de una manera en que se pueda hablar de un regreso al pasado. Quizás el problema más agudo para la política exterior cubana lo sea el apoyo al Gobierno del Presidente Maduro en Venezuela. Hasta ahora, no hay síntomas de que ello haya repercutido negativamente con algunos de los países que han tenido un papel más activo en la OEA, como México, Argentina o

Colombia. Cuba sí se ha sumado a la posición de Caracas de que lo que sucede en ese país es parte de una conspiración internacional liderada por Estados Unidos. Potencialmente puede ser muy perjudicial, si el desenlace es adverso al chavismo, lo que no parece materializarse a pesar de la ofensiva de la oposición.

Estas dos tendencias permitieron a Cuba estructurar sus nuevas relaciones con América Latina y el Caribe sobre dos pilares, el regional y el bilateral. El primero sirve de marco para muchas de las acciones de cooperación que se han establecido en lo bilateral y subrayan la legitimidad de la presencia cubana en su contexto regional. De hecho muchos observadores apuntan al papel mediador de La Habana y al presidente Castro en momentos clave de la construcción de la región como actor político, notablemente durante la cumbre fundadora de la CELAC en Cancún en 2011.

Los acuerdos regionales multilaterales más importantes de los que Cuba forma parte son, además de la CELAC, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), Petrocaribe, la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), el Banco del Sur o el Convenio Andrés Bello (este último particularmente importante en materia de educación). Por otra parte, Cuba tiene acuerdos de asociación con instituciones de integración de la región de las que no es formalmente miembro como la Comunidad del Caribe (CARICOM, en inglés) o el Mercado Común del Sur (Mercosur). Recientemente, el 3 de septiembre del 2016, se firmó en la Habana un acuerdo de cooperación con la Corporación Andina de Fomento (CAF). Con este último se dio un paso importante en materia financiera.

En materia bilateral, el peso fundamental de las relaciones se lleva a cabo a través de convenios marcos de cooperación, aunque estos mecanismos institucionales no siempre funcionan con la efectividad que deberían. El más importante y significativo es el desarrollado con Venezuela durante más de una década, fundamentado en la alianza política entre ambos gobiernos. A través de ese acuerdo se han estructurado el comercio, las inversiones y la cooperación. El núcleo duro de este convenio es, por supuesto, el intercambio de cooperación en salud, deporte y educación, por productos petroleros y sus derivados. Esta cooperación no puede ser aislada de los acuerdos que unen a los dos países a través del ALBA o Petrocaribe.

Venezuela es no solo el principal socio comercial de Cuba con un 44 por cien del volumen total, sino también el primer mercado para el principal producto de exportación, los servicios médicos, que ha llegado a superar al turismo por su impacto en el sector externo de la economía cubana.

Salvo el caso de México, por las dimensiones comercial y migratoria de su relación con Estados Unidos, la Administración Trump ha demostrado poco interés en América Latina y el Caribe. El caso venezolano es peculiar en el sentido de que obviamente el país resulta de indudable importancia económica para Estados Unidos. Washington apoya a la oposición de derecha en su objetivo de derrocar al Presidente Maduro y eso puede producir tensiones con La Habana. Sin embargo, ambos gobiernos parecen interesados en continuar apoyando a sus respectivos aliados sin permitir por ello un “derrame” a su relación bilateral.

China y Rusia

China y Rusia son las dos potencias globales más importantes contestatarias de un orden mundial dominado por Estados Unidos y sus aliados. El auge económico de la primera y geopolítico y militar de la segunda han sido favorables a los intereses de La Habana en su conflicto con Washington. Con Pekín y Moscú existen antecedentes favorables al desarrollo de una relación más estrecha tanto en lo económico como en lo político. Por otra parte, ninguna de las dos potencias ha sido reticente a expandir su influencia en América Latina y Caribe, para lo cual sus buenas relaciones con Cuba son una fortaleza. No es probable que la política de estas dos grandes potencias con respecto a Cuba cambie, lo que debe continuar abriéndole espacios al Gobierno de Raúl Castro y sus sucesores.

Cuba y China comparten modelos económicos similares. El gigante asiático se ha convertido en el segundo socio comercial de la isla, lo que se ha visto impulsado por la implementación de varias líneas de crédito comercial. Existe una coincidencia política significativa con Pekín tanto en lo que respecta a la estructura unipartidista de sus instituciones de gobierno y a la construcción de un socialismo de mercado, a pesar de que en este último aspecto Cuba marcha todavía a la zaga.

Existen potencialidades de cooperación en varios sectores industriales que el gobierno cubano ha priorizado, como la industria farmacéutica y automotriz. Por otra parte, varias compañías chinas están participando en el desarrollo de la prospección y producción petrolera cubana. Al mismo tiempo, hay una colaboración cultural importante que tiene su máxima expresión en el estudio del idioma español por jóvenes chinos en Cuba y del chino por jóvenes cubanos en China. Los intercambios políticos al máximo nivel son usuales y confirman las coincidencias entre ambos liderazgos. Probablemente esta sea una de las relaciones estratégicas más estables a las que Cuba puede aspirar.

Por su parte, Moscú ha expresado un creciente interés en desarrollar las relaciones en todos los terrenos. Ambos países pueden aprovechar los beneficios de la estrecha relación que tuvieron en la época soviética. Existe en Cuba un amplio parque de instalaciones y maquinarias rusas, así como centenares de profesionales cubanos que recibieron formación en universidades rusas. No puede olvidarse que el armamento de las fuerzas armadas cubanas sigue siendo de origen ruso, lo cual fortalece las relaciones militares y de seguridad. La condonación del 90 por cien de la deuda cubana fue un gesto de buena voluntad bien apreciado en Cuba y abrió el camino para ampliar la colaboración. Durante la visita de Vladimir Putin a La Habana en julio del 2014 se firmaron 10 acuerdos, entre ellos uno muy importante en materia de prospección petrolera. Rusia puede convertirse, junto a China, en el otro aliado estratégico.

Bajo Donald Trump, se perfilan relaciones difíciles de Estados Unidos con estas dos grandes potencias que se oponen a un sistema internacional dominado por Estados Unidos. Es muy probable que ello signifique nuevas oportunidades para Cuba.

Los aliados de EE UU: Canadá, la Unión Europea y Japón

En el gobierno cubano han existido posiciones ambiguas hacia los aliados de EE UU. Por un lado, se ha buscado establecer relaciones económicas y comerciales que contribuyan a neutralizar los efectos de las sanciones económicas de Washington. Por otro, en ocasiones se ha sido suspicaz en cuanto a los objetivos de los aliados, que en muchas

ocasiones son percibidos en Cuba como la cara suave del proyecto estadounidense de “cambio de régimen”.

En este contexto, sobresale la estabilidad favorable a ambas partes que presenta la relación entre Cuba y Canadá, a pesar de ser este el vecino más cercano y uno de los aliados más seguros de EE UU. Canadá es el primer suministrador de turismo a Cuba, el tercer socio comercial, el segundo por la importancia y envergadura de sus inversiones, y el segundo por el volumen de cooperación oficial en Cuba. Resulta particularmente importante la presencia en la Isla de Sherritt International, la multinacional minera, que se concentró en la industria del níquel en la década de los noventa, pero que se ha expandido hacia el turismo y el petróleo en años recientes. Las buenas relaciones cubano-canadienses se han mantenido a pesar de los cambios de gobierno en Ottawa y han sobrevivido a varios momentos irritantes. La elección de Trump a la presidencia coincidió prácticamente en el tiempo con la primera visita oficial de un Primer Ministro canadiense a Cuba desde fines del siglo pasado. Se trataba de Justin Trudeau, cuyos vínculos personales con el Presidente Fidel Castro subrayaron las tradiciones de intensos lazos que alcanzaron su nivel más alto cuando su padre estuvo en La Habana en 1976.³

En cuanto a las relaciones con la Unión Europea, vale la pena señalar que la elección del Presidente Trump y su toma de posesión coincidieron con un vuelco sustancial en las relaciones resultado de las negociaciones que ambas partes venían conduciendo desde el 2008. El 12 de diciembre del 2016, durante una visita del Canciller cubano Bruno Rodríguez a Bruselas se firmó el Acuerdo de Diálogo Político y Cooperación entre ambas partes. Tanto Rodríguez como la Alta Representante de la UE para las relaciones internacionales, Federica Mogherini, “reconocieron la alta significación del acuerdo para el desarrollo de las relaciones bilaterales de cara el futuro”, según informara un medio cuasi oficial cubano.⁴ Este acuerdo estuvo precedido por la abolición de la llamada “Posición Común” adoptada por la UE en 1996, una condición que el Gobierno cubano exigió a lo largo de todo el proceso de negociación. Unos meses después, el Parlamento Europeo ratificó el Acuerdo.

Ello refuerza la realidad de que el bloque europeo sigue teniendo una gran importancia para las relaciones económicas exteriores de Cuba.

Actualmente, la Unión es el segundo socio comercial, el primer suministrador de inversión extranjera directa y de cooperación para el desarrollo, así como el tercer cliente turístico. En la esfera bilateral, se han firmado 18 acuerdos de cooperación y un número similar de convenios de promoción y protección de inversiones con países miembros de la UE. En Cuba operan con éxito grandes empresas europeas, como Pernod Ricard, Sol Meliá y Castrol.

El hecho de que estas negociaciones hayan fructificado después de 9 años de contactos al más alto nivel demuestra que, tanto en Bruselas como en La Habana, está primando el pragmatismo y la voluntad de dotar a unas relaciones significativas en el plano económico y comercial de un instrumento legal que las facilite y encauce. En el gobierno cubano prevalece una visión realista acerca de las relaciones con la UE, ya que en muchos asuntos los europeos marcan diferencias con respecto a EE UU. Lejos de ser afectadas por el advenimiento de Trump a la Casa Blanca, probablemente suceda exactamente lo contrario.

Aunque no tiene la importancia de Canadá o la UE, Japón, con el concurso de las autoridades cubanas, continúa siendo un socio significativo de materia económica, y su embajada en La Habana se esfuerza por impulsar los nexos comerciales y culturales. En septiembre del 2016 el Primer Ministro Abe se convirtió en el primer mandatario nipón de esa categoría en visitar Cuba.

Países en desarrollo clave

No cabe duda de la importancia que La Habana otorga a sus relaciones con países en desarrollo. La proyección internacional cubana debe mucho al activismo dentro del Movimiento de Países No Alineados y la cooperación Sur-Sur en materia de salud pública. Médicos y profesionales de la salud cubanos están presentes en todos los continentes, desde Suráfrica hasta las islas del Pacífico, incluyendo países de Oriente Próximo como Catar. Mención especial merece la relación con Vietnam, Angola e Irán, no solo por su peso económico, sino por la contribución que hacen a la diversificación de las relaciones comerciales cubanas, aun cuando los intercambios son modestos. En los últimos años, bajo el influjo de la normalización de las relaciones con Estados

Unidos, La Habana logró avances con algunos países del Sur Global aliados de Washington. Vale la pena señalar el establecimiento de relaciones diplomáticas con Marruecos, y la apertura de la Embajada de Arabia Saudita, país que, además otorgó una línea de crédito a la nación caribeña.

Estados Unidos

El advenimiento de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos presentó un problema particular para el liderazgo cubano. Sobrevino cuando apenas había comenzado el proceso de normalización pactado por Raúl Castro y Barack Obama. Ese proceso tuvo, en apenas dos años, resultados importantes pero aún insuficientes.

Lo más importante alcanzado fue la retirada de Cuba de la lista de estados promotores del terrorismo y el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Al propio tiempo se produjo un intenso proceso de intercambios encaminados a establecer y/o ampliar la colaboración en temas de interés común sobre todo en las esferas de la seguridad y el medio ambiente. En total se firmaron 22 acuerdos bilaterales que cubrieron asuntos tan diversos como la lucha contra el narcotráfico, el ordenamiento ulterior de la relación migratoria mediante la eliminación de la “política de pies secos, pies mojados”, el establecimiento de conexiones aéreas regulares, la lucha contra el cáncer y la epidemia del ébola en materia de salud, y la protección de las especies marinas en el sector medio ambiental, por mencionar sólo cinco. Lo más importante logrado es que, como resultado de todo ello, funcionarios de ambos gobiernos comenzaron a reunirse regularmente y a establecer relaciones de cooperación que fueron fomentando la confianza mutua. Raúl Castro fue invitado a la Cumbre de las Américas de Panamá en abril del 2015, ocasión en que sostuvo su primera cumbre con Barack Obama quien, a su vez visitó oficialmente la Habana un año después.

La nueva relación creó oportunidades pero también retos. El más importante de estos últimos está relacionado con la pregunta clave que se hacen todos los cubanos: ¿Abandonará Estados Unidos realmente su política de “cambio de régimen” o simple y sencillamente de lo que se trata es de un mero cambio de métodos pero no de propósitos, como el

propio Presidente Obama dijo en su alocución del 17 de diciembre del 2014? Para muchos funcionarios del Gobierno cubano y para la mayor parte de los formadores de opinión vinculados al aparato ideológico del Partido Comunista de Cuba, este es un riesgo inaceptable.

La existencia de una Embajada de Estados Unidos en La Habana y el crecimiento de las relaciones societales de todo tipo entre ambos países son vistos por estos sectores como instrumento idóneo para conducir lo que califican generalmente como una “guerra cultural” con propósitos subversivos para minar las bases del socialismo cubano.

Esa visión contradice no sólo las propias posiciones oficiales del Gobierno cubano, sino la creciente percepción en amplios sectores de la sociedad de que hace falta trabajar por una relación normal que propicie la solución de los problemas clave en las relaciones: el bloqueo económico, financiero y comercial; la ocupación, contra la voluntad cubana, del territorio en el que está enclavada la Base Naval de Guantánamo; las políticas subversivas como el mantenimiento de Radio y TV Martí; la Ley de Ajuste Cubano que propicia la emigración y la fuga de cerebros; y la compensación por los daños causados a la nación por las políticas agresivas de Estados Unidos.

Para estos sectores que están sobre todo en la sociedad civil, la amenaza existe pero los beneficios de un proceso de normalización son indudables.

La política de Obama, aunque facilitó algunos contactos económicos, sobre todo en materia de viajes a Cuba, no pudo resolver el nudo gordiano de las relaciones: la existencia de sanciones económicas, financieras y comerciales abarcadoras que datan de hace más de 50 años y que han sido condenadas por la comunidad internacional año tras año. Mientras Estados Unidos califica estas medidas de “embargo”, Cuba insiste en que se trata de un “bloqueo”. Cualquiera que sea el caso, las sanciones son unilaterales y extraterritoriales y están diseñadas para castigar al pueblo cubano.

La presencia de Donald Trump y su discurso tipo “guerra fría” contra Cuba, manifestado el pasado 16 de junio del 2017 en Miami, han traído por consecuencia que el proceso de normalización ha entrado en pausa, aunque los partidarios de un regreso al pasado no lograron

lo que querían que iba hasta una posible ruptura de las relaciones diplomáticas y una clasificación de Cuba nuevamente como un Estado promotor del terrorismo.

Sin embargo, en la política de la Administración Trump prevalecieron elementos más realistas y pragmáticos y la llamada “cancelación” del acuerdo se quedó corta. Como se diría en términos coloquiales, fue “más rollo que película”. No obstante se lograron colar algunas medidas económicas que tendrán efectos negativos en Cuba sobre todo porque los avances en este terreno logrados con Obama fueron bastante limitados. Paradójicamente, probablemente sea el sector privado, privilegiado por la política, el que más sufra las medidas que la Administración prometió poner en práctica en los próximos meses.

Todo esto sucede cuando se entra en la recta final del proceso que debe conducir al más significativo relevo generacional de poder que tendrá lugar en Cuba desde fines de la década del 1950. Y cuando la reforma económica es objeto de una fuerte lucha entre partidarios del avance rápido y los que prefieren la ralentización del proceso. Este está lleno de tensiones propias que no tienen nada que ver con la política norteamericana. Sin embargo, en la percepción de muchos dentro y fuera de Cuba, sería necesario seguir avanzando en el proceso de reformas económicas y políticas y paralelamente habría que seguir construyendo una nueva relación con Estados Unidos, aprovechando las oportunidades que ya creó el paso histórico de Obama al tiempo que también se deben explotar los espacios que abra la tendencia unilateralista de Donald Trump.

NOTAS

1. Utilizo el concepto elaborado por Paul Kennedy (2010).
2. Véase el excelente dossier preparado por el sitio web de Cuba Posible: Un laboratorio de ideas, a cargo de la Dra. María Isabel Alfonso: <https://cubaposible.com/la-preservacion-del-legado-barack-obama/>. También puede consultarse una visión más tradicional en el sitio web

cubano, Dialogar, Cialogar: Elier Ramírez: Frente a Estados Unidos aprovechemos las oportunidades, enfrentemos los desafíos, (<https://dialogardialogar.wordpress.com/2017/07/14/elier-ramirez-frente-a-estados-unidos-aprovechemos-las-oportunidades-enfrentemos-los-desafios/>). William Leogrande le ha dado un importante tratamiento a la dimensión internacional de la nueva política de Trump en dos trabajos aparecidos en The Huffington Post: “Did Trump Revive Failed Cold War Cuba Policy To Buy Rubio’s Loyalty?” (http://www.huffingtonpost.com/entry/did-trump-revive-failed-cold-war-cuba-policy-to-buy_us_5947305ae4b024b7e0df4d6c) & “Russia, Cuba, Comey, And Trump”· (http://www.huffingtonpost.com/entry/russia-cuba-comey-and-trump_us_59338000e4b00573ab57a437).

3. Para una valoración de este acontecimiento puede consultarse a Alzugaray: 2016.
4. “Cuba y Unión Europea firman Acuerdo de Diálogo Político y Cooperación, fin de la posición común” en <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/12/12/cuba-y-union-europea-firman-acuerdo-de-dialogo-politico-y-cooperacion-fin-de-la-posicion-comun/#.WYjgza1DIE4>.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alzugaray, Carlos (2016). “Un Nuevo Trudeau en Cuba, 40 años después”, 14 de noviembre del 2016, en *OnCuba Magazine*, <http://oncubamagazine.com/sociedad/un-nuevo-trudeau-en-cuba-40-anos-despues/>.
- Castro, Raúl (2017). Es necesario denunciar y detener la agresión que sufre Venezuela, Discurso pronunciado por el General de Ejército Raúl Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en la Segunda Sesión Extraordinaria de la Asamblea Nacional del Poder Popular en su VIII Legislatura, en el Palacio de Convenciones, el 1º de junio de 2017, “Año 59 de la Revolución”, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2017/06/01/raul-castro-es-necesario-denunciar-y-detener-la-agresion-que-sufre-venezuela/#.WYiF661DIE4>

- Kennedy, Paul (2010). *The Rise and Fall of the Great Powers*. Knopf Doubleday Publishing Group. Edición de Kindle, Posición en Kindle 11242
- Laderman, Richard & Simms, Brendan (2017). *Donald Trump: The Making of a World View*, Endeavour Press, Edición de Kindle, Posición en Kindle 170-172.
- Mead, Walter Russell (2001). *Special providence: American foreign policy and how it changed the world*, Knopf Doubleday Publishing Group, 2001. Edición de Kindle, Posición 4114-4959.

RESUMEN

La política exterior de Cuba en la era Trump

La actitud agresiva de Trump ante el hecho evidente del “sobredimensionamiento imperial” presenta riesgos pero también oportunidades, aunque menos, para cualquier país. Cuba no es una excepción. Tres son los elementos específicos que marcan la necesidad de que La Habana adapte la actualización de su política exterior a este nuevo entorno, no importa cuán efímera sea la era Trump. La actualización del modelo económico social a tono con documentos rectores aprobados recientemente en la Asamblea Nacional, la preparación de las elecciones que conducirán a la elección de un nuevo Presidente en febrero del 2018 y las expectativas de cuán nociva pueda resultar la pausa que ha impuesto el Presidente norteamericano a la normalización de las relaciones iniciadas bajo el mandato de Barack Obama desde diciembre del 2014.

ABSTRACT

Cuban Foreign Policy in the Trump Era

Trump's aggressive attitude to the overt "imperial overstretch" poses risks and opportunities -with more of the former and fewer of the latter- for any country. Cuba is no exception to this. There are three specific elements that make it necessary for Havana to adapt its foreign policy to this new scenario, regardless of how ephemeral the Trump era may be: upgrading the social economic model in line with the guiding

documents that were approved recently at the National Assembly, preparing for the elections leading to the presidential elections in February 2018 and expectations in terms of how harmful the pause imposed by the American President in the normalization of relations initiated under the Barack Obama Administration in December 2014 may turn out to be.

SUMMARIO

A política exterior de Cuba na era Trump

A atitude agressiva de Trump perante o fato evidente do “sobredimensionamento imperial” apresenta riscos, mas também oportunidades, embora em menor escala, para qualquer país. Cuba não é uma exceção. São três os elementos específicos que marcam a necessidade de que Havana adapte a atualização de sua política exterior a este novo cenário, não importando o quão efêmera possa ser a era Trump: a atualização do modelo econômico e social de acordo com os chamados documentos reitores aprovados há pouco na Assambléia Nacional, a preparação das eleições que levarão à escolha de um novo presidente em fevereiro de 2018 e as expectativas de quanto poderá ser nociva a pausa imposta pelo presidente americano à normalização das relações iniciadas durante o mandato de Barack Obama, em dezembro de 2014.